mi libro "El Verdadero Juárez" y al ampliar el estudio de esa notable época hasta donde lo exigen nuestros progresos intelectuales; comprendí que no podía, sin faltar al método crítico, dar mi segundo libro sobre la Intervención y el Imperio, *ya escrito*, sin publicar antes el estudio respecto de las revoluciones de Ayutla y de Reforma hasta Diciembre de 1860. Sólo así, se puede entender bien la gran revolución mejicana comenzada en 1854 y terminada en 1867. Y sólo así es posible apreciar la verdad sobre la personalidad del afortunado siliceo D. Benito Juárez.

En virtud de lo expuesto, entrego el presente libro á los mejicanos que confunden su dignidad con el amor y respeto á la verdad.

PRIMERA PARTE.

LOS ELEMENTOS SERIOS DE LA OLA DE INDIGNACION.

CAPITULO I.

LA OLA DE IGNORANCIA.

Homero, Hesiodo y Orfeo, grandes poetas, aparece con ellos la historia rudimentaria, envuelta en mitos, inyectada de culto, cargada de visiones, viciada por locuras estrepitosas de la imaginación. Nada de serenidad, de frialdad, de imparcialidad, y lo que es peor, nada de criterio especial ni de generalización, y sin embargo, las obras de tan grandes poetas constituyen un precioso material histórico.

Herodoto levanta la historia con su espíritu jónico, audaz, clasificador, metódico. El orbe lo considera gran historiador, y en él se encuentran mentiras serenas y frías, como el millón de hombres que componían el ejército de Jerjes y la descripción de los indios cazadores de hormigas tan grandes como perros. La crítica moderna considera á Herodoto, "crédulo, superficial, impresionable y demasiado débil en sus momentos de elocuencia apasionada" (1). Se le acusa de desdeñar injustamente á Temístocles, de lanzarle groseros sarcasmos, de ser inexacto en muchos hechos, sobre todo en la descripción de la batalla de Platea. "Como muchos, Herodoto fué engañado por las audaces fanfarronadas y las hipócritas actitudes de Esparta"..... "Herodoto, más cronista que his-

(1) Marius Fontane, Athènes, pág. 32.

toriador, compilador de hechos imitando á los egipcios".... "ha contado concienzudamente lo que ha visto, todo lo que ha oído, con un lenguaje sencillo, claro, griego; afirmando con la misma sinceridad la fábula más increíble, como el hecho más indiscutible" (1). Y no obstante tantas faltas, Herodoto ha sido realmente historiador, el único historiador de todos los pueblos conocidos en su época, excepto de sus asirios. La humanidad le debe servicios inmensos.

*
* *

Á Polibio se le ha censurado su falta de originalidad, su forzada actitud de pedagogo para formar hombres de Estado, su parcialidad política, su pasión por hacer moral sacrificando los hechos, su pesadez, su forma de retórico, sus negligencias imperdonables y aun su puerilidad. Á Dionisio de Halicarnaso, se le reprocha haber visto en los griegos puros ausencia de discernimiento, su estilo difícilmente fabricado, descuido completo respecto del método. A Strabon se le concede sentido crítico, erudición, intuición de lo verdadero, pero más de la mitad de sus crónicas son fábulas históricas, por el estilo de la novela histórica moderna. A Troyo Pompeyo se le censura ser un compilador de arengas fastidiosas, supuestas en boca de héroes que jamás pensaron decirlas ni meditarlas; se le concede honradez é independencia de espíritu; poniendo á sus héroes insoportablemente parlanchines una mordaza queda un bello residuo histórico.

"Esta loca presunción (de los romanos) inspiraba á los historiadores sus narraciones mentirosas, legendarias, fabulosas hasta el absurdo. Dion Casio y Salustio afirmaron que Catilina preludiaba sns batallas con un banquete de antropófagos. Suetonio hace representar á Nerón en el Circo, ante el populacho, un papel abominablemente vergonzoso é imposible. Quinto Curcio escribió como novela su historia de

(1) Marius Fontane. Athènes, pág. 33.

las hazañas de Alejandro y su retórica inflada, banal, nula, fué considerada previa reflexión y juicio entre las obras de Tito Livio y de Salustio!

"Suetonio, no sin arte, iniciado cerca de Adrián á familiaridades imperiales, por consiguiente sin pudor, respetuoso de los deberes literarios, de la dignidad del escritor; erudito y minucioso, formó un rosario de biografías: "Vida de los doce Césares," un amasijo de anécdotas insignificantes. Floro, el enfático declamador, más literario que analista, y sabiéndolo, profundamente desdeñoso por la cronología, escribió un compendio de Tito Livio intitulado: "Historia Romana," cuya majestuosa redundancia servirá de modelo á los historiadores superficiales. Veleyo Patérculo, cortesano de Augusto, de Livia, de Tiberio y de Sejano, apasionado de la grandeza romana, podría considerarse compendiador correcto de Floro; buen escritor, autor soldado, un poco rudo pero elegante, y susceptible de hacer generalizaciones, hubiera sido historiador de primer orden, si los romanos de su época hubieran sido capaces de comprender la historia"... "Estas consideraciones expresan la poca atención que merecen los historiadores de esa época." (1)

Respecto del famoso Tito Livio, sus obras están llenas de afirmaciones dudosas (2) según una potente autoridad clásica como la de Quintiliano. Valerio Máximo, á pesar de su celebridad, se le ha reprochado en su obra histórica "Hechos y dichos memorables," ser moralista hipócrita, coleccionador de detalles y sandeces, desposeído de espíritu de crítica, indigente de estilo. A Justino se le acusa de haber usado de las obras de Troyo Pompeyo, como de una cantera de materiales para edificar sin método y sin cronología. Se califica la obra de Julio Obsequens, "Los Prodigios" de historia menos que aproximativa.

(1) Marius Fontane. Les Barbares, págs. 35 y 36.—M Fontane presenta el resumen de los fallos de los primeros críticos antiguos y modernos sobre los historiadores, y copia éstos en su índice alfabético anotado, al fin de cada volumen de su colosal obra.

(2) Quintiliano. De l'inst. orat. t. II, ch. IV, pág. 55.

***

Veamos cómo ha sido juzgado el "incomparable historiador", el "magno historiador", el "divino historiador", el "perfecto historiador"; el imponente Tácito. No ha habido ni hay en el mundo escritor que se ocupe de historia, que no se infle como un globo de un millón de metros cúbicos, si se le hace el cumplimiento de compararlo con Tácito. Para los clásicos es el Miguel Angel de la historia y para los románticos su Rafael, y para los que no son ni clásicos ni románticos, un dios romano que tiene su templo siempre iluminado en cada conciencia ilustrada.

"Este mismo Tácito tan fértil en mentiras" (1). "Confuso siempre desde el punto de vista geográfico". (2) "Es necesario deplorar que Tácito no haya visto más que Roma en el mundo y que el resto le haya parecido indigno de atención". (3) "Estas pinturas (las que hace Tácito) no tienen más que un brillo engañador, no son más que ideas dominantes en una época de decadencia." (4) "Aun "La Germania" ha sido sospechosa para algunos críticos de sacrificar la exactitud al contraste y á lo pintoresco. (5) "La Germania" está tan documentada como los cuentos en que Voltaire saca á la escena á los chinos y á los brahamas". (6) "Basta reunir lo que Tácito, Horacio y César han dicho de los Suevos para juzgar de la fantasía que dispensa de las nociones históricas, al pueblo (romano) más groseramente crédulo que ha existido y cuya pereza de espíritu era inveterada y su inteligencia crítica obstruida." (7)

El incomparable historiador Tácito, "el espectro de los ti-

(1) Tertuliano. Apol. p. 24.
(2) Th. Mommsen, Histoire Romaine, t. II, pág. 270.
(3) Prevost-Paradol. Essais d'histoire Univ., t I, pág. 388.
(4) Th. Mommsen. Hist. Rom., tomo IX, pág. 215.
(5) H. Summer Maine. L'anc Droit, pág. 114.
(6) A. Filón. Jo. dés. Deb. 26 de Junio de 1894.
(7) Marius Fontane. "Les Barbares". págs. 137 y 138.

ranos," no hizo, sino pura elocuencia y no evitó á los romanos una sóla tiranía. La gravedad majestuosa de estilo lo convirtió en el continuador de Cicerón, de quien toma fragmentos, confesando que está obligado á satisfacer las exigencias de sus contemporáneos"... "En efecto, Tácito se esmera en hacer brillar, si así puede decirse, las ideas opacas de sus predecesores; pero el brillo de puro espejismo no cubre los errores ni las faltas. El más grande escritor de la antigüedad según Racine, sacrificó la exactitud á lo pintoresco, la verdad sencilla al efecto de la impresión, y la serie de hechos que enumera, mezclados con sentencias banales y arengas trabajadas, acaba por justificar esa tiranía que él pretendía afear ó envilecer. Deleitándose con los cuadros de las cobardías romanas, demuestra más bien la necesidad de los emperadores absolutos, y exponiendo con una precisión demasiado descriptiva los vicios de Roma, propaga el contagio. Y cuando encuentra á los cristianos afecta ignorar que existen, teniendo contra ellos todas las preocupaciones de su tiempo. Tácito sólo vé el mal por todas partes, escribe lo que vé como él lo quiere ver, exagerando la maldad, acentuando sus acusaciones con calumnias, demasiado evidentes, empleando con profusión un colorido falso, chillón, que ciega, sobre un dibujo desde luego claro, pero bien pronto desaparecido bajo la capa espesa de los coloretes..."

"Desprovisto de sentido crítico, disponiendo de una admirable energía de expresión, preciso, nervioso, oprimido más bien que emocionado, Tácito no vé más que Roma en todo el Universo y en Roma sólo ve para escribir las tragedias que se representan en el palacio imperial. A menudo oscuras é inexactas sus "Historias" y "Anales", son como la obra de un Plutarco malévolo, envidioso, despreciador de esa Roma cuya gloria cree servir"....Afecta desdeñar á los judíos y á los cristianos y se burla de Jesús tontamente caricaturizado..."

"Después de haber leído á Tácito se experimenta tristeza al ver que un tan gran talento haya sido condenado á falsear

las dotes admirables que la naturaleza le había otorgado, y que haya despilfarrado sin utilidad seria un tan hermoso talento de escritor." (1)

***

¡Gregorio de Tours!... "¡El primer gran monumento histórico de la Francia!" (2) Pues bien, este *gran monumento,* creía en el próximo fin del mundo, en la venida del Anti-Cristo para obligar á la circuncisión; hace hermosas, violentas y aun irracionales peroraciones patrióticas; asegura que escribe para proclamar su fe y ante todo le preocupa el brillo y triunfo de la Religión Católica. Su parcialidad contra los enemigos de Francia, raya en furor, y en sus mejores páginas, se siente el terremoto de sus delirios religiosos. Ha sido calificado como vehemente cronista, sin espíritu de crítica, con tendencias pronunciadas hacia la historia. No obstante está reputado como el fundador de la historia de Francia.

El notable historiador Froissart, es otro cronista, que escribe primero en verso, hasta que se convence de que la historia debe escribirse en prosa. A Froissart se le reprocha no haber consultado un sólo documento, ni registrado un archivo, escribía historia conforme á lo que le relataban testigos, hijos de testigos, nietos de testigos, descendientes lejanos de testigos; sin preocuparse de examinar el valor moral é intelectual de tanto testigo.

***

Después de Froissart y en toda Europa, la historia se desenvuelve diseminada, oscura, casi clandestina, en crónicas sagradas, vidas de santos, oratoria religiosa, biografías fúnebres, memorias, apuntes, recuerdos.... La Teología era una atmósfera imposible para toda ciencia que reclamase libertad de investigación, de doctrina, de crítica, de dicción. No intentaré hablar de todos los historiadores modernos del mundo: en primer lugar porque no los conozco, y después, porque mis lectores no me lo permitirían; pero sí me referiré á los más conocidos entre los mejicanos ilustrados. La historia de España por el P. Mariana, es un embrollo de leyendas, de verdades, de reflexiones, de vehemencias, de observaciones precisas, de desatinos desesperados, y no obstante, entre *cañadas de cascajo* y rocas desprendidas de altas montañas, se vé la corriente histórica turbia, á menudo cortada, á veces absorbida en un fango, para luego surgir y continuar, nunca deleitando, siempre instruyendo con más ó menos pena. El P. Mariana figura en la época actual como gran historiador sobre lo indefinido de sus defectos. Por la lectura de la obra se adivina en su autor un temperamento robusto, fanático y un espíritu vigoroso lacerado por un enjambre de visiones metafísicas y teológicas.

(1) Marius Fontane. "Les Barbares". Págs. 26, 27 y 28.
(2) A. Jacobs Gregorio de Tours. Introduction. Tomo II, pág. 260.

La Historia de España, de la Fuente, es un verdadero monumento intelectual, ante quien debe inclinarse toda persona sana de razón y amante de lo verdaderamente grande. Pero á esta obra le reprochan defectos de método, timideces para la investigación, vacilaciones para desnudar completamente la verdad; preocupaciones inveteradas y notable aunque decente parcialidad religiosa, política y patriótica. Es un monumento que tiene de admirable más su arte que su crítica.

César Cantú es muy conocido en Méjico, y no hay quien lea toda ó parte de su colosal obra, que no acuse al autor de marcada parcialidad por el Catolicismo, de marcada hostilidad á las ideas democráticas; de exhuberancia de sofismas, de frecuente flojedad de estilo, flajelado por repentinos golpes de frases violentas é injustificadas; esta obra parcial es una gran obra de historia y su autor, no obstante ser italiano, tiene temperamento tibio, es sereno y casi frío.

Dos notabilísimos historiadores, también muy conocidos entre nosotros, son Guizot y Thiers. El primero, fué profe-

sor de historia en la Sorbona, escribió cuatro obras: "Curso de Historia Moderna", "Historia General de la Civilización de Europa", "Historia de la Civilización en Francia" y "Memorias para escribir la historia de mi tiempo". El lenguaje de Guizot es muy altivo, vehemente con frecuencia, autoritario; sus apreciaciones son tiránicas; sus síntesis abrumadoras. El temperamento del autor era nervo-bilioso, su carácter despótico, gran orador de frase elevada, método riguroso, muy agresivo, previa fría reflexión. El mismo hombre elocuente y duro en la tribuna parlamentaria, se encuentra en sus obras, muy estimadas como trabajos históricos de primer orden.

Si Guizot es incisivo, amplio, grave, imperioso; Thiers es un gran orador, nervioso, seductor, hábil, vibrante, agradable, fino siempre como aguja, y á veces deslumbrador como rayo. Pero sus dos obras, "La Historia de la Revolución Francesa" y la "Historia del Consulado y el Imperio", parecen hijas de otro cerebro. Ambas son grandes estudios de un grande hombre de Estado, administrador, diplomático, militar, político; para servir á un público de hombres de Estado. Se ha llamado á la "Historia del Consulado y el Imperio" el Breviario de los hombres de Estado. El temperamento de Thiers, vivo, violento sin explosiones, ha hecho de la historia casi un Curso de Derecho público y administrativo.

Michelet, es más que un conocido, es un buen amigo de los mejicanos cultos; como hombre, es un gran poeta en prosa, como lo prueban sus pequeños libros "El Pájaro", "El Insecto", "El Mar", "Las Montañas". Michelet es orador apasionado, pero su pasión es el amor, la luz, la benevolencia; débil para la crítica, fríamente sutil para el análisis, maravilloso para falsas síntesis. Y sin embargo, es un gran historiador, supremo como descriptivo, valeroso, amable, y hace conocer todo, proponiéndose nunca aterrar. Leyendo su "Historia de Francia", se navega en mar limpio, con vientos suaves, se ven nubes tempestuosas siempre á lo lejos, donde el rayo parece solamente la guiñada de algún astro. La obra

de Michelet ha prestado y prestará grandes servicios á la historia. Está hecha para un género de lectores á quienes Guizot desdeña y á quienes Thiers fatiga.

Frente al nervioso y tal vez neurótico Michelet, aparece Quinet, calificado de nebuloso, de brumoso, de fabricante de sistemas."

Quinet es orador pomposo, elocuente, agresivo, lleva á su lector á empellones y aun con amenazas hacia una filosofía severa, irreprochable, copiosamente moral, y eficaz para elevar el carácter. Quinet hace de la historia la prueba de una filosofía bastante abstracta.

*
* *

En México, Alamán, es reconocido actualmente por los liberales ilustrados gran historiador. Don Lorenzo Zavala en su paralelo de Alamán y Arizpe, afirma: "Arizpe es violento, Alamán astuto; Arizpe es franco, Alamán reservado; Arizpe arrostra los peligros, Alamán los evita; Arizpe como todos los hombres de imaginación fuerte, no obra con método ni orden, Alamán es minuciosamente arreglado y metódico." (1) Alamán tiene en México perfectamente establecida su reputación de hombre sereno; inteligente, metódico, irreprochablemente probo, y no obstante, no hay quien ignore que en su "Historia de Méjico", aparece á menudo apasionado y casi siempre parcial. Estos graves defectos no alcanzan á privar á la obra del prestigio de notable trabajo histórico, consultada frecuentemente y respetada en muchas de sus conclusiones.

Por el contrario, y según don José M. Tornel, el doctor Mora era caprichoso, inteligente, irascible, violento, desconfiado y agresivo sin locura. Pues bien, la obra del Dr. Mora "México y sus Revoluciones", se aproxima mucho más á la

(1) Zavala Ensayo Histórico de las Revoluciones de Méjico. Tomo I, páginas 342 y 343.

imparcialidad y á la serenidad de juicio que la de don Lucas Alamán, sin que por eso no se sienta la pluma decidida del partidario político, salvando ante todo su causa.

Don Lorenzo Zavala, tenía gran talento y terribles pasiones; el odio á Santa Anna y su ambición, lo condujeron hasta traicionar á su patria; era vehemente aunque reservado, elocuente, cáustico, con gran carácter y mucho escepticismo. Su obra histórica es, sin embargo, de lo mejor que tenemos, menos parcial, más fría, más amplia, más uniforme que la de Alamán, tipo de método y de serenidad.

Don José María Vigil es de frialdad polar, sereno como nieve de eminencia montañosa, pulcro hasta la exageración, medido como una libra esterlina, honrado á carta cabal para presentar los hechos, documentarlos y manejarlos; pero en su notable obra incluída en "Méjico á través de los siglos", surge la parcialidad política tanto como en Alamán.

Don Ignacio Manuel Altamirano, tenía un carácter ardiente, lenguaje violento, temperamento de salamandra; impetuoso, exagerado, brillante, elocuente; tribuno político desordenado; poeta tierno y á veces suntuoso. De todo lo que se ha escrito sobre Juárez, hasta el año de 1885, el juicio de Altamirano, es lo más aproximado á una buena sentencia y muy superior en verdad, á todo lo que han dicho los juaristas que pretenden ser historiadores.

Don Guillermo Prieto es apasionado, intransigente, violento, nervioso. Su compendio de historia es un tierno romance jacobino, y sin embargo, las verdades abundan, la energía de la imaginación las embellece; hay en ese libro historia revoleada en flores, en mentiras, en ilusiones de soñador, en adulaciones de político, en expansiones nobles de gran poeta, en sentimientos delicados de indiscutible patriotismo.

Peréz Verdía es más sereno, se aproxima mucho á la imparcialidad, se siente su real esfuerzo para apoderarse de la verdad; se esmera en guardar el sello omnipotente de la justicia en sus apreciaciones; pero su espíritu crítico es tímido, desconfiado, vacilante, oscilatorio. He dicho que el libro de

historia del Sr. Pérez Verdía, aunque compendio, es en su clase lo mejor que se ha escrito en Méjico. ¡Y bien! Pérez Verdía es inquieto, fluctuante, nervioso hasta parecer neurótico. Pocos hombres he visto á quienes les sea más extraña la impasibilidad, la frialdad, la flema, el sopor de las pasiones. Es un apasionado del buen género, pasiones nobles; y, sin embargo, nadie puede negarle que es digno de cultivar los estudios históricos en provecho de su país.

*
* *

Es menos que niñería, creer que la frialdad es siempre sincera y la pasión siempre parcial. Los grandes pasionales, aun en el mes de Agosto, han dicho grandes verdades sobre el amor y sobre lo que no es el amor. Víctor Hugo ha hecho en "Napoleón el Pequeño", un torpedo de odio contra su enemigo casi personal, y no obstante que el criterio político del inmenso poeta es una fragua que ha fundido el diamante para hacer elocuencia, las verdades aparecen flotantes, sólidas, intactas, innegables, tremendas, abrumadoras. No hay que olvidar que la perfidia es fria, serena, hábil para simular la justicia y la imparcialidad; y que las tres cuartas partes de lo que se llama espíritu de partido, espíritu de corporación, espíritu nacional, sólo encierra perfidia. La pasión se descubre lealmente para herir, se da á conocer, se entrega humildemente á la policía de la opinión. Hay que desconfiar de los fríos tanto ó más que de los apasionados. La diplomacia es glacial y casi nunca es sincera. En el mundo penal, son los fríos los que preparan y ejecutan los crímenes más repugnantes y la mejor prueba es, que siempre encuentran indulgencia en los jurados los delitos pasionales.

Para valer mucho la frialdad, debe ser un efecto de la sinceridad del carácter, y además, contar con la protección de una buena inteligencia y con el material de una vasta instrucción. Prefiero el juicio de un apasionado honrado, inte-

ligente é instruído, al de un frío igualmente honrado, tonto é ignorante. La frialdad en este caso representaría en la historia una Siberia de errores y de desatinos glaciales.

El historiador ideal debe reunir la frialdad, la inteligencia, la instrucción vasta, la intransigencia de un potente soberano en su criterio, la impersonalidad al más alto grado, y el estilo siempre natural para él aunque resulte elocuente, fogoso, incisivo y vehemente para los demás.

*
* *

He escrito todo lo que antecede para probar que aun cuando existiera ese historiador, eminentemente sabio, frío sereno, inteligente observador, justiciero; haciendo ecuación invariable de su espíritu analítico con su espíritu sintético; generalizando hasta llegar á la ley abstracta, y atravesando con solemne impersonalidad por los mundos, los siglos, los gigantes, las bacterias, la virtud y el vicio; viéndolo todo, clasificándolo todo; apreciando y juzgando todo, con balanzas capaces de estimar millonésimos de toxina de microbio; ni ha existido, ni existe y, probablemente ni existirá.

¿Por qué se me echa en cara no ser lo que nadie ha sido ni puede ser? Porque en el vulgo de lo culto, hay la superstición de que existe la historia escrita por historiadores ideales. Para ese vulgo, ese tipo de historiador abunda en todos los países y en todos los tiempos. Tal tipo, sirve para que los ignorantes refuten libros con desdenes de ninfa, con gazmoñerías de vestales, más bien que con razones de sabio. Cuando no se puede combatir un cargo se dice: "El autor es un hombre apasionado, sus móviles son sospechosos, no tiene serenidad, no tiene criterio; no hay que hacerle caso."

Para ese vulgo, todo escritor cuyo estilo no es el del grillo que nos visita en las noches húmedas, ó bien que no suena á chorro de agua cayendo á razón de litro por minuto, para llenar un inmenso tanque, ó bien, que no recita como monja

soñolienta su rosario; es un violento, un apasionado, un epiléptico. Se ha creído que la historia odia la elocuencia, el ímpetu, la elegancia, el sarcasmo, la flexibilidad de la palabra, el relampagueo del pensamiento, las convulsiones ó el ritmo de la frase, los golpes rudos de la síntesis, los desenvolvimientos artísticos y suntuosos del análisis. Se afirma en realidad que el estilo histórico, debe ser opaco como el comercial, y apagado como el de las oficinas de policía.

Pero aun cuando existiera ese historiador ideal, faltaría para él, el público también ideal. Mientras todos los lectores no sean igualmente serenos, fríos, sabios, impersonales, honrados, justicieros, inteligentes, imparciales, inorgánicos; no habrá obra buena de historia para todo el público. Mientras existan los fanáticos, los imbéciles, los ignorantes, los desequilibrados, los morbosos, los famélicos que necesitan devorar su conciencia, como único medio para devorar su pan, los vanidosos, los dogmáticos, los visionarios, los explotadores de analfabetismo, y los mercaderes profesionales de todos los templos, ... mientras exista esa masa ruinosa para la verdad, la historia será viciosa, aun cuando la escribiera ese tipo divino que jamás ha venido al mundo, forjado por la superstición de los ilustrados incompletos y por la necesidad de los que, con sólo poseer treinta ó cuarenta palabras gastadas, se comprometen á refutar todas las obras de historia.

Y si á esto se agrega, que el jacobinismo mejicano, ha adoptado el personalismo hasta la divinización, la crítica histórica tiene que aparecer como blasfemia, ante los numerosos esclavos de las palabras huecas, de los sentimientos de vanidad de horda, y de ideas exóticas para cualquier medio civilizado.

CAPITULO II.

LOS CARAMELOS LITERARIOS.

A los que juzgan mis defectos de historiador, se les ha pasado que mis trabajos no son de historia, sino de crítica histórica. Es cierto que en toda historia debe haber alguna crítica y que en toda crítica histórica es preciso que haya historia; mas la crítica tiene por objeto depurar lo que se llama historia y formular con ella generalizaciones que sirvan de enseñanza á los hombres de Estado y á los pueblos.

El crítico debe evitar á todo trance ser la víctima de los errores de su medio y de los de su propio espíritu. "El crítico, dice Taine, debe desconfiar de los nombres célebres, de las grandes palabras, del entusiasmo; no debe tomar las aspiraciones y las exigencias de nuestra sensibilidad como pruebas y certidumbres, debe descomponer las leyes de la óptica moral, debe estar muy prevenido contra las ilusiones de la palabra, contra los dogmas de la opinión, contra los delirios de la admiración, contra los compromisos de partido; debe investigar y marcar siempre el punto débil en una época, en una nación, en un hombre, en sí mismo." (1)

La crítica es una necesidad mental de primer orden en el individuo y en la colectividad. La inteligencia tiene dos fun-

(1). Taine.—Derniers essais de critique et d'histoire, págs. 52 y 53.

ciones para conservar y hacer progresar á la especie humana: el análisis y la síntesis. El análisis prepara los materiales de la síntesis y á su vez la síntesis es el material de las generalizaciones que expresan teorías, sistemas, leyes, que rigen la adaptación y dominio del género humano sobre su planeta.

El mejor análisis se realiza por la erudición: un diccionario enciclopédico es un rico depósito de materiales de análisis, pero fuera del método, el análisis no rinde resultados filosóficos. Las cualidades del análisis son la fineza, la sutileza, la delicadeza, la precisión, la penetración y la profundidad.

La fineza sirve para apoderarse del hecho atómico infinitesimal, celular, molecular; sirve para distinguir la disonancia imperceptible, para sentir el desacuerdo más insignificante entre el carácter y el acto de un hombre, entre la sociedad y su medio, entre la marcha de los siglos y las líneas de evolución segura é indeclinable de esos medios. La sutileza es la suprema fineza, es la zaña en la investigación, la pasión ardiente, infatigable, tenaz, absorbente por el descubrimiento. La delicadeza afecta los procedimientos de observación, de comparación, de clasificación, de método. La precisión consiste en extraer de una masa de hechos agrupados, articulados, confusos ó regidos por un método, el hecho que se necesita, limpio, completamente aislado é irreprochablemente verdadero. Lo preciso, es el trabajo de erudición verificado con pureza de procedimiento y con pureza moral, es decir, con honradez. La penetración consiste en comprender correctamente el hecho observado, todas sus relaciones, toda su influencia, todo su valor para la síntesis, toda su importancia para la generalización. La profundidad hace avanzar la penetración hasta descubrir los detalles más ocultos.

La síntesis es la asociación sistemática de los hechos descubiertos, comparados, clasificados por el análisis. El hecho disociado por éste, debe transportarse íntegro y depurado á un sistema ya conocido ó nuevo. El análisis toma de multi-